EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

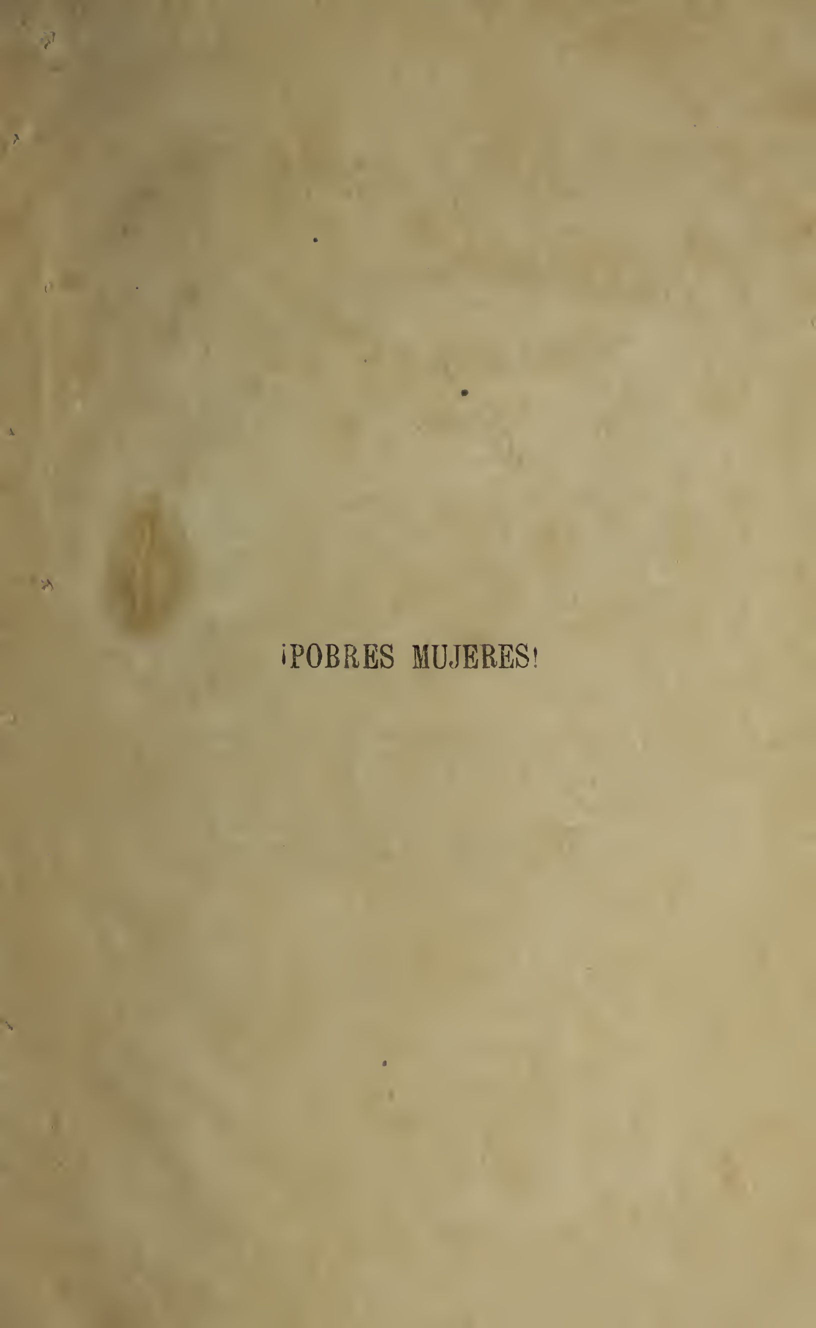
¡POBRES MUJERES!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO.

CUARTA EDICION.



MADRID:
OFICINAS: PEZ 40, 2.º
1877.



¡POBRES MUJERES!

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

CORREGIR AL QUE YERRA	Comedia en un acto, original, en verso.
EL ONCENO NO ESTORBAR.	Id. en un acto, id. id.
LA ESCALA DEL MATRIMONIO.	Id. en tres actos id. id.
CANDIDITO. (2.ª edicion.)	Id. en un acto, id. id.
NO LO QUIERO SABER. . .	Id. en un acto, id. id.
¡POBRES MUJERES! (Tercera edicion).	Id. en un acto, id. id.
EL PIANO PARLANTE. . .	Id. en tres actos id. id.
EL SUEÑO DE UN SOLTERO	Id. en un acto, id. id.
MONEDA CORRIENTE. . . .	Id. en tres actos id. id.
CUESTION DE FORMA. . .	Id. en tres actos id. id.
EL JUGADOR DE MANOS. .	Id. en tres actos arreglada del francés.
LAS CIRCUNSTANCIAS.. .	Id. en tres actos y en prosa, original.
LA CHISMOSA.	Id. en tres actos y en verso, original.
LA LEVITA. (2.ª edicion.)	Id. en tres actos, en prosa, original.
DON RAMON Y EL SEÑOR RAMON.	Id. en tres actos, en prosa, original.
LA CAN-CANOMANÍA. . .	Sátira en un acto.

¡POBRES MUJERES!

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

Estrenado en el Teatro del Circo de Madrid el 11 de Noviembre de 1863.

CUARTA EDICION.



MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR, PEZ 40, 2.°
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
ENRIQUETA.	Doña Josefa Hijosa.
DOÑA ESCOLÁSTICA. .	Doña Balbina Valverde.
ARTURO..	Don Manuel Ossorio.

La accion del dia.

AL SR. D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

Amigo mio: Novicio en la carrera literaria, y sin otro título que el de la amistad franca y sencilla de un intonso en la dramática, me atrevo á estampar el nombre de V. al frente de este pequeño parto ó tal vez aborto de mi imaginacion.

Circunstancias que V. no ignora, no me han permitido colocar bajo su amparo un trabajo de mayores condiciones, y al que rindo el tributo que desgraciadamente se profesa á los muertos. El olvido.

Pequeño es el homenage de mi gratitud; pero en mi fábrica no encontré estuche más á propósito en que mandarle mi regalo.

Si mi presente le agrada, el embalage es lo de menos.

Tire V. el homenaje, pero admita la gratitud que en él ha envuelto su amigo.

Enrique Gaspar.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala baja de recibo en la fonda de París de Cádiz. Puertas laterales y otra en el foro, que deja ver un patio al estilo de Andalucía con fuente en el centro, macetas con flores, pedestales con jarrones y estátuas y demás accesorios. Junto á una silla cerca de la primera puerta izquierda se verán un saco de noche, un cabá y algunas cajas de viaje que se ocupa en arreglar doña Escolástica.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA Y DOÑA ESCOLÁSTICA. *Aquella tiene en la mano un ramo de violetas, y se ocupa en leer un libro, sentada en una butaca junto á un velador, sobre el que está su pamela de viaje.*

Esc. Ya están todos estos bártulos
corrientes, gracias á Dios,
y el equipaje tambien
facturado en la estacion.
¿Conque esta tarde es la marcha?

Enriq. Sí, Escolástica.

Esc. ¡Oh, dolor!

Enriq. ¿Lo sientes?

Esc. ¡Ay! ¡sí lo siento!
pero mucho.

ENRIQ. Pues yo no.
Sí, Escolástica; esta fonda
sin querer me inspira horror.
Me cansa Cádiz, me aburre;
no encuentro aquí distraccion:
todo es monótono, triste.
Cuanto miro en deredor
se aparece ante mis ojos
cubierto con un crespon.

ESC. Porque usted juzga las cosas
obedeciendo á otra voz,
y no las miran sus ojos,
sino los del corazon.

ENRIQ. Tal vez...

ESC. Sí; por mi desgracia
ya há tiempo que formo yo
parte integrante del número
de los estorbos.

ENRIQ. Por Dios...

ESC. Quiero decir, que soy vieja,
y que ya en la edad estoy
en que la experiencia suple
la falta de corazon.
No es Cádiz el que motiva,
señora, ese mal humor,
sino que á Cádiz le falta
lo que á Valencia sobró.

ENRIQ. ¡Escolástica!

ESC. Ese libro
que usted lee con tal fervor,
para mí es más elocuente
que el famoso Ciceron.

ENRIQ. Pues bien, sí, por qué negarte...

ESC. ¡Si es muy natural, por Dios!
Hace ya más de dos años
que mi buen amo murió.
Jóven, rica, viuda, guapa,
¿qué mucho que el corazon,
que no vive si en su fondo
no resuena alguna voz,
al dar salida á una pena

le dé entrada á una pasion?

ENRIQ. Pues bien, oye: á mi buena aya
no debo engañarla, no.
Algun pecado muy gordo
purgar quiso hacerme Dios,
cuando al pensar en los baños
por Valencia me inclinó.
Cuando á un ser impresionable
de sensible corazon,
y que embellece la vida
como la embellezco yo,
se le lleva á un paraiso
donde todo es seductor,
donde dan flores las piedras
y el mar se agita feroz,
donde hasta el cielo, en resúmen,
por conspirar en su pro,
para hacerle más risueño
si llueve, llueve con sol,
y le agrega á estos encantos
á fin de herirle mejor
el apéndice de un jóven,
que, aunque mudo, de él en pos
va arrojando por los ojos
pedazos del corazon,
¿qué ha de hacer una mujer?
¿Qué ha de hacer? Lo que hice yo:
ahogar del pecho el latido,
con un mentido teson
sostener terribles luchas,
dormir mal, comer peor,
no querer verle y mirarle,
dar abrigo á una pasion;
y exclamar al fin vencida:
«Me he lucido: me pescó.»

ESC. Pero ese jóven jamás
le ha declarado su amor.

ENRIQ. Pues eso precisamente
motiva mi indignacion.
Arturo... Se llama Artúro

ESC. Sí, sé el nombre del autor

de esos versos.

ENRIQ. Pues verás.
Yo con mucha discrecion,
por medio de mis amigas,
al saber que era escritor,
conseguí al fin de sus obras
tener una coleccion.
¡Qué fluidez! ¡Qué poesía!
¡Qué belleza! ¡Qué vigor!
En fin, escucha un fragmento
que importa á mi narracion.
«Una vida de dolor (*Leyendo en el libro.*)
»la mujer viene á pasar.
»¿Por qué si el mundo traidor
»la deja tener amor,
»no se lo deja expresar?»

ESC. Se conoce que ese jóven
ha estudiado el corazon.

ENRIQ. Pues esa idea, Escolástica,
me pone de mal humor.
El autor de esa quintilla,
que es mi propia situacion,
al observar en mis ojos
las señales del amor,
¿por qué no ha dicho: «Señora,
»esto y esto siento yo?
»Es usted bonita.» En fin
esas frases de cajon
que á una la sacan del paso
con decir que si ó que no.
Y no que al cerrar la boca
deja aquí en fuga veloz, (*Al corazon.*)
lo mismo que una tarjeta
fotografiado su amor;
y me indigna, me subleva,
porque al fin eso, por Dios,
sólo es propio de un rubito
de la nebulosa Albion.

ESC. Lo malo es que usted le adora ..

ENRIQ. En efecto, es lo peor.
Sí, Escolástica, le adoro...

pero me aguanto. ¡Es átroz!
Figúrate que él es tímido,
y que lanzándome yo
podríamos ser felices
entrambos: ¡pues no señor!
La sociedad no permite
que, sin echarse un borron
ni faltar á mil tontunas,
que ya el uso sancionó,
la mujer, á quien por causa
de su organismo, el Señor
se dignó á imágen del hombre
dotarla de corazon,
pueda decirle á cualquiera
sin cubrirse de rubor:
«Me está usted gustando mucho.
»Si tan feliz fuera yo
»que un *sí* pudiera esperar...»
En fin, cualquier frase *ad hoc*,
de esas que aunque no decimos
las pensamos para nos,
haciéndonos ser hipócritas
con silencio tan feroz.
Hoy ya se nos considera
como animal de labor:
nos enseñan á leer
poco ménos que por Dios;
niega á la mujer el hombre
su voto en cualquier cuestion,
tratando su inteligencia
del mismo modo... peor
que si su cabeza fuese
un puchero de Alcorcon.
La clase está pereciendo
por carecer de valor.
¡Ay! ¡si en vez de las enaguas
vistiese yo el pantalon!
(*Aparece Arturo en el foro recorriendo el jardin.*)

Esc. Señorita, mire usted. (*Viéndole.*)

Enriq. ¡Él! Escolástica, adios.

Vete.

Esc. Pero, señorita...

Enriq. Vete... ¿Está bien esta flor?
(Por la del peinado.)

Esc. Sí, señora.

Enriq ¿Y este traje?

Esc. ¡Admirable!

Enriq. Pues adios.

Esc. No se deje usted llevar
de aquellos instintos...

Enriq. No.
Vé tranquila. Por desgracia
me acuerdo de lo que soy.
(Vase doña Escolástica.)
Á luchar. Con coquetismo
adoptaré en el sillon
una postura académica.
Me gusto. Aquí está. ¡Valor!
(Se sienta coquetamente en la butaca leyendo el tomo de poesías y teniendo el ramo negligentemente sobre la falda.)

ESCENA II.

ENRIQUETA Y ARTURO.

Arturo (Llego á tiempo. Aún es temprano.)
(Mirando el reloj.)

Enriq. (Cuando me sigue me adora.)

Arturo. A los piés de usted, señora.

Enriq. (Ya habló.) Beso á usted la mano.

Arturo. Pues ningun quehacer le asedia
que á este en importancia iguale,
y una vez que el tren no sale
hasta dentro de hora y media,
como de encontrar me encargo
mi disculpa en su bondad,
me tomo la libertad
de sentarme.—Seré largo.

Enriq. (¡Qué original! ¡Qué gracioso!
¡Esto que en cualquiera infiero

me pareciera grosero,
lo encuentro en él delicioso!...)

ARTURO. Expondré como ofrecí
mi comision sin demora.
Usté hace tiempo, señora,
que no piensa más que en mí.

ENRIQ. ¿Qué?

ARTURO. Le advierto á usted si estalla,
que aunque miro y oigo y callo,
mientras formulo mi fallo,
si doy mi fallo, no falla.

ENRIQ. Tal pretension, don Arturo,
presuncion viene arguyendo.

ARTURO. No, señora; no me vendo
por un Adonis, lo juro;
y el parecer que emití,
siendo exacto y sin jactancia,
solo arguye extravagancia
de usted al fijarse en mí.

ENRIQ. ¡Qué lisonjas!—¡No me asusto!

ARTURO. Lo dije por evitar
el rubor de confesar
que tiene usted muy buen gusto.

ENRIQ (Si mi amor propio sublevas...
Y tiene un tacto esquisito.)

ARTURO. Debo advertir que el delito
siempre le inculpo con pruebas.

ENRIQ ¡Cómo! ¿Una prueba?

ARTURO. No, más.

ENRIQ. Arturo, hable usted por Dios.

ARTURO. Pruebas plenas tengo dos.

ENRIQ. Suprima usted las demás.

ARTURO. Partiendo usted de Sevilla
y yo dejando á Vizcaya,
dimos con la misma playa
para ahogarnos en la orilla.
De amor al primer compás
nos prosternamos de hinojos;
movimos mucho los ojos;
pero la lengua jamás.
Y no obstante, y no es capricho,

sabe usté el nombre del hombre:
luego si usted sabe el nombre
es porque álguien se lo ha dicho.
Y siendo un nombre ignorado,
más á sospechar me ayuda
que se lo han dicho sin duda,
porque usted lo ha preguntado.
Y aunque de tacharme acaba
de presuntuoso, diré
que lo ha preguntado usté
porque á usted le interesaba.

ENRIQ. Esa prueba necesita
mi inmediata impugnacion;
y es que la suposicion
me parece gratuita.
Pregunté el nombre en verdad,
léjos de por ánsia viva,
cuando no por compasiva
por mera curiosidad.

ARTURO. La base en que usted la funda
destruyo, si usted tolera
que á su impugnacion primera
siga mi prueba segunda.
Algo venático y loco
di impulso á mi mente inquieta,
pues de músico y poeta
todos tenemos un poco.
Varios versos escribí
que en coleccion publiqué,
y aunque de ellos me ocupé
nadie se ocupó de mí.
Si bien instintos perversos
llevan al hombre al abismo,
me convenció aquel mutismo
de que eran malos mis versos.
Lo son. Nadie su lectura
tomar se atreve á su cargo:
lo sabe usté, y sin embargo
la coleccion se procura.
Y ese afan es lo de ménos:
lo crítico es por la traza,

que el público los rechaza
y á usted le parecen buenos.
Y á decir me atreveré
que mi libro la enamora,
cuando há tres meses, señora,
que no se aparta de usté.
Luégo, si es cierto el clamor
que los tilda de perversos,
si á usted le gustan mis versos
es que le gusta el autor.

ENRIQ. Pues insisto con más fe
en el juicio que ántes hice.

ARTURO. No, señora; eso lo dice,
pero no lo siente usté.
Aunque parezca inconexo,
por via de digresion,
diré que en esta ocasion
reniega usted de su sexo.
Pues al iniciar sin bochorno
no le deja una pasion,
la mujer el corazon
sólo le tiene de adorno.

ENRIQ. Juzgaré que usted delira
si su conducta contemplo.
(Que á una verdad como un templo
conteste yo que es mentira!)

ARTURO. Ahora usted sobre un abismo
se dice: «¿Me ama el señor?
»pues voy á aumentar su amor
»por medio del coquetismo.»
Pero ántes le haré saber
mi sistema, aunque le asombre.

ENRIQ. (Este hombre, ántes de ser hombre,
debe haber sido mujer.)

ARTURO. Ni profundo ni ligero,
pero hombre á quien nada acosa,
al ir á hacer una cosa
lo pienso mucho primero.
Por eso, aunque amor sentia,
puse entre los dos un muro,
hasta que estuve seguro

de que usted me convenia.
Por supuesto no aludí
al interés material.
La conveniencia moral
es lo que se trata aquí.
Ví que usté amor atesora,
que algo sublime nos liga,
y he venido á que me diga
que usted me quiere, señora.

ENRIQ. Arturo, esa pretension,
conociendo á la mujer,
más que cariño, á mi ver
revela mala intencion.

ARTURO. Há tiempo me prometí,
harto por mi mala estrella,
de declararme yo á ella,
que ella se declare á mí.

ENRIQ. La prediccion tiene pase;
pero ya tanto rigor...

ARTURO. Voy á evitarla el rubor
de que pronuncie la frase.
Acciones hay tan discretas...

ENRIQ. (Ya se ha metido en la red.)

ARTURO. En vez de un sí, deme usted
ese ramo de violetas.

ENRIQ. Para que sirva una flor
de emblema de amor, infiero
que al ir á darla, primero
se ha de ver si existe amor.

ARTURO. Le advierto, por si lo ignora,
que yo cuando insisto, insisto;
pero si una vez desisto,
no hay quien me mueva, señora.

ENRIQ. (¡Me asusta!.. ¡Con tal que insista!
Vendrá á la voz del reclamo.)

ARTURO. ¿No me da usted ese ramo?

ENRIQ. (¡Bien quisiera!) ¡Qué bromista!

ARTURO. ¡Me es muy sensible! (*Levantándose.*)

ENRIQ. (¡Yo muero!)

ARTURO. Pues mi ruego nada alcanza....
(*Dispuesto á salir.*)

ENRIQ. (Va á llevarse mi esperanza.)
Tome usted. (¡Ay!)
ARTURO. (*Volviendo.*) ¿Qué?
ENRIQ. El sombrero.
(*Cogiendo maquinalmente su pamela para cohonestar su atolondramiento.*)
ARTURO. (*Presentando el suyo.*)
Le tengo aquí. (Ya se azora.)
ENRIQ. Dispense usted... (¡Qué tirano!...)
(Se va.) Beso á usted la mano.
ARTURO. A los piés de usted... señora.
(*Váse Arturo.*)

ESCENA III.

ENRIQUETA.

Se marcha y tras él te vas,
porque lo siento, está claro.
Por lo mismo que es tan raro
me ha gustado mucho más.
Todo á su genio se doma:
ese es el sueño que abrigo.
Si insiste un poco le digo:
«¿Qué quieres? ¿el ramo? Toma.»
Pero mi amor no promulgo
sin que el deber me lo mande.
¡Ay! qué desgracia tan grande
es no haber nacido vulgo!
Si al par que el genio, señores,
pudiera el cuerpo crecer,
yo hubiera llegado á ser
un cabo de gastadores.

ESCENA IV.

ENRIQUETA, DOÑA ESCOLÁSTICA.

ESC. ¿Se marchó?
ENRIQ. Ven, Escolástica.
Necesito de tu amparo.

Yo soyviuda, y como tal
la experiencia me ha enseñado
muchas cosas que ignoraba
cuando soltera.

Esc. Está claro.

Enriq. Pues, no señora; está turbio.

Esc. Pues entónces me retracto.

Enriq. Yo siento amor por un jóven
que es digno de ser amado.
Por un jóven que hace versos,
y que no es vulgo, y que es guapo;
y que hace un instante aquí
su pasion me ha declarado.
¿Qué harias tú en mi lugar
con mi cara y con mis años?

Esc. Si hay ya mútua inteligencia,
y ese amor no es fuego fátuo,
y ha roto al fin el silencio,
y se han entendido entrambos,
la cura estriba en el cura.

Enriq. Entónces le doy el ramo.

Esc. ¿Qué?

Enriq. No obstante, meditemos
ántes de dar este paso.
Á pesar de que ese jóven
su amor haya declarado,
y de que yo por mi parte
le prodigue mis aplausos,
por dignidad, por decoro
me pareció lo más llano,
no acceder á su demanda
de un modo explicito y claro.
Puse en planta un ten con ten
sin dar rienda al entusiasmo,
por aquello de que al hombre
se le debe ocultar algo.

Esc. Muy bien hecho, si señor.

Enriq. Pues ya no le doy el ramo.

Esc. (¿Otra vez?)

Enriq. Yo reconozco
la razon; mas sin embargo,

si ese jóven participa
de un temperamento extraño
y de un carácter excéntrico,
y al ver su amor postergado
toma el sombrero y se va
destruyendo mis encantos,
y la más grata ilusion
de mi vida marchitando,
¿qué debo hacer, Escolástica?

ESC. Señorita, en ese caso
se apela á un recurso extremo,
y al fin se canta de plano.

ENRIQ. ¿Tú opinas?

ESC. Oh, sí, señora.

ENRIQ. Yo he debido darle el ramo.

ESC. (Vaya, siga la cancion.)

ENRIQ. Pero es fuerza ser de mármol
para desistir así
de un amor tan acendrado.
Ademas, que el coquetismo
influye siempre en el ánimo
de los hombres, y es muy fácil
operar en él un cambio.
¿No es verdad? ¿Quién la resiste
cuando la voz escuchando
del amor, mujer y amante
quiere lucir sus encantos?

ESC. (¡Si la entiendo que me emplumen!)

ENRIQ. Puse todo mi conato.
Él es hombre, volverá,
y entonces...

ESC. ¿Le da usté el ramo?

ENRIQ. No sé: me encuentro indecisa:
fuerza será meditarlo.
Vamos dentro, y me pondrás
otra flor en el peinado.
Por si viene, necesito
gustarle mucho. Ven.

ESC. Vamos.

ENRIQ. Espera.

ESC. ¿Qué quiere usted?

ENRIQ. Que se me olvidaba el ramo.
(Coge el ramito del velador y vánse.)

ESCENA V.

ARTURO.

No está aquí, pero me espera.
¡Qué mujer! ¡Es un hallazgo!
(Ha entrado con guantes puestos.)
La verdad es que á ser otra
salgo de aquí trasquilado.
Mi pretension es absurda...
pero es tan amable... ¡vamos!
confieso al fin que la estoy
estúpidamente amando.
Como yo soy tan excéntrico
con Enriqueta, me encargo
de estudiar de una pasion
femenil, todos los grados.
Aquel rubor me enajena;
ver cómo lucha en contacto
con su amor, su coquetismo,
mi pretension, su recato.
(Se quita un guante, que deja sobre el velador.)

ESCENA VI.

ARTURO Y ENRIQUETA *con el ramo.*

ENRIQ. (Aquí está. Mi corazon
no me engañaba al pensar
que vendria.)
ARTURO. (A su pesar
se la nota la emocion!)
ENRIQ. (Parece que huye de mí.)
ARTURO. (Fingiré cierto desvío.)
ENRIQ. (¡Jesús, qué calma, Dios mio!)
ARTURO. (Ya se acerca: ya está aquí.)
ENRIQ. Arturo, ¿tendria usté

la bondad de darme hora?
ARTURO. Las tres y media, señora.
ENRIQ. Muchas gracias.
ARTURO. No hay de qué.
ENRIQ. Aun es temprano.
ARTURO. (Vacila.)
ENRIQ. Yo creo que tiempo habrá...
ARTURO. (Señora, usted lo sabrá.
ENRIQ. (Se escurre como una anguila.
Le gustaré con la dalia?)
¿Viaja usted?
ARTURO. (Busca un ardid.)
Pienso marchar á Madrid
y desde Madrid á Italia.
Volver á Suiza, á Ginebra,
y ver si en el clima aquel
cambio de instinto.
ENRIQ. (Y de piel,
lo mismo que una culebra.)
ARTURO. Necesito la emocion
de ir con la vida en un tris
recorriendo el Mont-Cenís
y visitando el Simplon.
Ser de una avalancha presa.
ENRIQ. Me gustan las impresiones;
pero para ver *simplones*
no hay que ir allá. (¡Chúpate esa!)
ARTURO. Ante todo pienso ver
si en la córte tomo estado,
porque es mi sueño dorado
viajar con una mujer,
viendo al cruzar novelesco
mil contrastes diferentes,
más bellos sus accidentes
y todo más pintoresco.
Subir el Rhin y el Danubio,
y al fuego de mi pasion,
parodia del corazon
considerar el Vesubio.
Y en alas de la fortuna
de la noche en el capuz,

jurarse amor á la luz
de melancólica luna,
que trémula se retrata
sobre límpido cristal
que circunda un florestal
como una cinta de plata.
Seguir el curso del gamo,
ver la alondra peregrina...

ENRIQ. (¡Ay, qué cosa tan divina!
¡Señor, que me pida el ramo!)
¿Tiene usted hecha eleccion?

ARTURO. Como soy tan especial,
si una vez me sale mal
no repito la leccion.

ENRIQ. (Quiere sacarme de quicio.)
Pronto usted desesperanza.

ARTURO. No; me queda la esperanza
de una chica del Hospicio.

ENRIQ. ¿Y es usted capaz?...

ARTURO. Si á fe.
Las almas justo es que iguale.
¡Qué! ¿Una hospiciana no vale
tanto al ménos como usté?
En esa no hay fingimiento;
lo que siente, aquello explica,
y si me quiere, la chica
me dice que sí al momento.

ENRIQ. (Se me va si no le llamo.)
¡Ay!

ARTURO. ¡Suspiros!

ENRIQ. Sí, señor.
Es que miro con dolor
que se marchita este ramo.
Y le quiero, es singular.

ARTURO. (Ya lo colijo.)

ENRIQ. (No hay modo.)

ARTURO. Sí; porque á pesar de todo
no le quiere usted soltar.

ENRIQ. Es que mi cariño... pues...
simboliza la... yo... Arturo...
(No me ha puesto en mal apuro...

Todo lo entiende al revés.
Ay, sus miradas me asustan.)

ARTURO. (¡Que pene!)

ENRIQ. (¡Todos traidores!)
¿Le gustan á usted las flores?

ARTURO. No, señora, no me gustan.

ENRIQ. ¡Cómo há poco pidió usté!...

ARTURO. ¿Flores? nunca.

ENRIQ. Sí.

ARTURO. No.

ENRIQ. Sí.

ARTURO. No tal: yo sólo pedí
una profesion de fe.
Perdí, quedé sin desquite.

ENRIQ. Pero...

ARTURO. Ya ve usted, no insisto.

ENRIQ. (Pues, señor, bien, por lo visto
quiere que le solicite!)

ARTURO. Fuera insistencia mal quista,
y aunque mi pecho destroce...

ENRIQ. (Pero este hombre no conoce
que lo que quiero es que insista.)

ARTURO. Me retiro.

ENRIQ. ¿Se va usté?
(Coquetismo, sé en mi ayuda.)
(Deja caer el ramo.)
¡Ay! ¡el ramo! (¡Ahora sin duda
se lo guarda!)

ARTURO. No hay de qué.
(Presentándola el ramo.)

ENRIQ. ¿Cómo?

ARTURO. (¡Qué sagacidad!)
No, nada... he creido oir...

ENRIQ. Se me cayó sin sentir...

ARTURO. ¡Jesús!... ¡Qué casualidad!
Tome usted. *(Dándola un ramo.)*

ENRIQ. No; para qué:
si ya perfume no exhala.

ARTURO. ¿Es que usted me le regala
porque no le quiere usté?

ENRIQ. (Me acometen mil sudores.)

Por respetar su capricho.
ARTURO. No, señora; si ya he dicho
que no me gustan las flores.
ENRIQ. (Jesús, qué hombre tan diabólico.)
Pero, si...
ARTURO. (Mi dicha labra.)
No quiero entender palabra
de ese lenguaje simbólico.
Porque aunque yo de antemano
ví ya la intencion del hecho,
no me deja satisfecho
si no se me da en la mano.
ENRIQ. (¡Vamos, parece mentira!)
ARTURO. Tome usted, que el pobre espera.
ENRIQ. ¿Y si yo no le quisiera?
ARTURO. Le toma usted y le tira.
(Le deja caer el ramo y se vá.)

ESCENA VII.

ENRIQUETA, *reconcentrándose un momento y desahogando su coraje á gritos.*

¡Oh! ¡Traidor, hombre sin fe,
verdugo, infame, asesino
del corazon femenino!...
¡Coqueto! Me desahogué.
(Dejándose caer en la butaca y tirando el ramo sobre el velador.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA, DOÑA ESCOLÁSTICA.

ESC. ¡Qué voces!! ¿Qué es lo que pasa?...
ENRIQ. ¡Escolástica, que trino,
que me acaban de poner
hace poco un sinapismo!...
Más bien una banderilla
de aquellas de los novillos;
y el diestro escurriendo el bulto

logró tomar el olivo,
y sóla en el redondel
me estoy desfogando á gritos.

ESC. ¡Señora!

ENRIQ. Calla, Escolástica,
calla, que tú no lo has visto.
Puse en juego todo el arte.

ESC. ¿Del toreo?

ENRIQ. ¡No me rio!
Todos aquellos recursos
que nos marca el coquetismo:
pero ese jóven sin duda
pretende jugar conmigo.
Quiere que yo le conquiste,
que haga abstraccion de mi instinto,
y empiece á echarle piropos.
No sabe que aunque milito
en las filas de ese sexo
desgraciado, deprimido,
á quien el mundo por armas
da la aguja y el hornillo,
y le condena á ponerse
por la cabeza el vestido,
tengo teson, tengo fibra,
y probaré lo que digo.
Que aunque soy del sexo débil
por un lapsus del destino,
y me ve que abulto ménos
que un ochavo de cominos,
no tolero á ningun hombre
que en su fuerza prevalido,
quiera hacerme la forzosa
cuando con la paz le brindo,
por más que aquel hombre tenga
más barbas que un capuchino.
Vé al cuarto y dispon las cosas,
que nos vamos ahora mismo.

ESC. Señora, cálmese usted.

ENRIQ. Con harta razon me indigno.
Verás lo que es mi desgracia.
¿A que hoy que lo necesito

no se descarrila el tren,
ni hay un mal choque?

Esc. ¡Dios mio!
Vaya un antojo, ¡señora!

Enriq. Antojo, no; dí, capricho.
Sí; ¿qué quieres, Escolástica?
Lo confieso á pesar mio.
No sé... sin querer le quiero,
me ofende y su ofensa admiro.
Pero al recordar su audacia,
vuelvo á adquirir nuevos brios,
y estoy por tirar el ramo.

Esc. (¡Vuelta otra vez al ramito!)
Señora, tírele usted,
y acabemos.

Enriq. No le tiro. *(Cogiéndole.)*
Aún alimento esperanzas.
Vete y haz lo que te he dicho.
(Váse Escolástica, y Enriqueta se ocupa en ponerse la pamela.)

ESCENA IX.

ENRIQUETA, ARTURO.

Arturo. Á los piés de usted, señora.

Enriq. (¿Aquí otra vez? ¡Qué descaro!)

Arturo. (¡Qué linda está!)

Enriq. Caballero...
dispénseme usted si extraño
que á mi vista se presente
despues de lo que ha pasado.

Arturo. Señora, yo he vuelto aquí
porque he perdido una mano.
Digo... un guante: y francamente
me duele quedarme manco.
No obstante, si soy molesto,
no insisto más y me marcho.

Enriq. (Y lo hará como lo dice.)
Un instante, hablemos claros.
Usted no podrá por ménos

de confesar que ha faltado.
ARTURO. Si usté el pecado no indica
no me es fácil confesarlo.
¿Cómo he de fijarme en uno,
señora, si tengo tantos?
ENRIQ. Me refiero al brusco ataque
que hace poco me ha lanzado.
ARTURO. Respecto á mi peticion
juzgo todo lo contrario.
ENRIQ. Fué usted poco comedido.
ARTURO. En cambio pequé de claro.
ENRIQ. Fué violenta su demanda.
ARTURO. Tambien su desden fué largo.
ENRIQ. Castigué su atrevimiento.
ARTURO. Vine en su amor escudado.
ENRIQ. Pero el pudor tiene leyes.
ARTURO. Que de usurparle no trato.
ENRIQ. Sí, tal; lo prueban sus hechos.
ARTURO. Sólo prueban que fuí franco.
ENRIQ. No convengo.
ARTURO. Yo lo afirmo.
ENRIQ. Faltó usted.
ARTURO. Yo nunca falto.
ENRIQ. Su demanda...
ARTURO. Fué muy justa.
ENRIQ. Mi respuesta...
ARTURO. Es lo que aguardo.
ENRIQ. Ya la dí.
ARTURO. Fué poco explícita.
ENRIQ. ¿Qué he de hacer?
ARTURO. Hablar mas claro.
ENRIQ. Su exigencia...
ARTURO. Es natural.
ENRIQ. Soy mujer.
ARTURO. ¿Por qué dudarlo?
ENRIQ. ¿Y usted ama?
ARTURO. Sí, señora.
ENRIQ. Pues me ofende.
ARTURO. No es exacto.
ENRIQ. Su desden...
ARTURO. Hijo es del suyo.

ENRIQ. Me defiendo.
ARTURO. Yo combato.
ENRIQ. Niegue usted...
ARTURO. Y usted afirme...
ENRIQ. ¿Qué he de afirmar?
ARTURO. Lo contrario.
ENRIQ. Yo confieso...
ARTURO. ¿Que es coqueta?
ENRIQ. Nunca.
ARTURO. Sí.
ENRIQ. Que usté es ingrato.
ARTURO. No es verdad.
ENRIQ. Tampoco aquello.
ARTURO. Ya lo sé.
ENRIQ. Nos calumniamos.
ARTURO. Mas no cedo.
ENRIQ. Yo tampoco.
ARTURO. Mas no obstante...
ENRIQ. Sin embargo...
ARTURO. Si esto dura...
ENRIQ. Se hace eterno.
ARTURO. Transijamos.
ENRIQ. ¡Transijamos!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA ESCOLÁSTICA.

ESC. Señorita, no tenemos
tiempo que perder. (Ah, vamos!)
ARTURO. (¡Contratiempo más fatal!)
ENRIQ. Lo siento, Arturo; me marcho.
ARTURO. Señora, ¿y la transaccion?
ENRIQ. Olvide usted lo pasado.
(Tal vez así se decida.)
ARTURO. (Y el tiempo me está apremiando.
Yo no quisiera ceder:
pero se resiste tanto...)
ENRIQ. (¡Y no dice una palabra!)
Vete trayendo esos bártulos.
(*Escolástica toma los enseres que hay so-*

bre la silla, que deberán ser bastantes, y se los reparten entre ella y su ama.)

ARTURO. (¡Qué resistencia!)

ENRIQ. (¡Qué lucha!)
Me han hecho tantos encargos...
(Acomodándose las cajas, etc.)

ESC. Que se va á marchar el tren.

ARTURO. (Yo me decido.)

ENRIQ. (Me lanzo.)
¡Ay! con las cajas estoy
las flores estropeando.
(Con mucha intencion.)

ESC. Señorita...

ENRIQ. Espera un poco
que me acomode este saco.

ARTURO. (¡Y se va!)

ENRIQ. (¿Y he de dejarle?)
(Arreglando el saco de noche.)

ARTURO. Traiga usted; yo estoy más práctico.
(Queriendo ayudarla.)

ENRIQ. ¡Tal molestia!... No consiento...
si yo puedo...

ESC. Andando, andando.

ENRIQ. Con las flores no es posible...
(Con más intencion y algo de despecho.)

ARTURO. Ciertamente. *(Con frialdad.)*

ENRIQ. (Qué hombre!) ¡Vamos!
¿Quiere usté hacerme el favor...
(Presentándole el ramo con coquetismo.)
de sostenerme este ramo?

ARTURO. ¡Enriqueta! *(La toma la mano.)*
(Dejando caer las cajas con estrépito.)
¡Ay! á Dios gracias.
ya nos hemos explicado.

ESC. (Entónces, esto me huele
á que ya no nos marchamos.)

ARTURO. Perdóname.

ENRIQ. Te perdono,
porque vas bien castigado.

—

Explotando la via
de tus amores,
me has causado hasta el dia
mil sinsabores.
Mi fe resbala
por llevarme en tercera
y en tren de escala.
Mas yo que amor abrigo
grande, profundo,
que pienso dar contigo
la vuelta al mundo,
este trayecto
quiero hacerlo en primera
y en tren directo.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 9 de Octubre de 1863.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO

DOS PALABRAS Á LOS ACTORES.

Pepita, Babina, Manuel, ¡sublimes!
Os da un millon de gracias.

Enrique.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez.
Alcoy.	J. Martí.
Alicante.	J. Gossart.
Almería.	Alvarez Hermanos.
Avila.	S. Lopez.
Badajoz.	F. Coronado.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañía.
Canarias.	F. María Poggi *de Santa Cruz Tenerife.*
Cartagena.	J. Mellado y Orcajada
Castellon.	J. M. de Soto.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. García Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	N. Ceballos.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	P. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	M. Ballespi.
Logroño.	P. Briena.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y Viuda de P. de Moya.
Manila. (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Orense.	J. Ramon Perez.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y C.ª
Puerto de Sta. María.	J. A. Rafoso.
Puerto-Rico.	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Reus.	J. Prius.
Salamanca.	R. Huebra.
Sanlucar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda.
Santander.	Miguel Ruano.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Raquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodriguez.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Cemin y Comp., y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.